

tre las angosturas de los domicilios y con la ceguera producida por el polvo y las sombras, cayendo muchos en trampas y lazos que sólo podían burlarse con el exterminio de cuantos les iban á la mano y les impedían el proceloso camino sobre temibles hondonadas y bajo abrumadores y gravísimos escombros. El combate aquel tomaba un tan extraño aspecto, que muchas veces los romanos debían matar á su propia gente para impedir la difusión y contagio del pánico. Seis días pasaron bien terribles y horrorosos en estos encuentros cuerpo á cuerpo, hasta que dió la orden Escipión de incendiar todas las casas y desarraigarlas como si fueran árboles, nivelando el suelo donde se alzaban y cubriendo por completo sus cimientos. Refugiados los últimos cartagineses en la ciudadela ó acrópolis, pidieron capitulación, que podía conceder el general á los soldados, pero de ningún modo á los jefes, capitales inmoladores de la romana gente. Así, novecientos primates se acogieron al templo del dios Esculapio, alzado en las cumbres de Cartago, y comandaron el incendio para morir abrasados en sus llamas á una, salvando la honra, ya que no pudieron salvar la vida. Pero el generalísimo de todos los cartagineses, Asdrúbal, sentía un tan grande apego á su existencia, que rompió los lazos del honor por cuyos medios

se hallaba ligado á los suyos, y evadiéndose, corrió de súbito á pedir de hinojos infame perdón al vencedor. Cuando su esposa, que se hallaba en las azoteas del templo con sus hijos, vió tal mengua, maldíjole en frases airadas, y después de haberle maldecido, arrojó los pequeñuelos al voraz incendio y tras los pequeñuelos se lanzó ella misma precipitando su fin por no presenciar tanta baja. Vendiéronse como esclavos los prisioneros. La propiedad mueble quedó confiscada; la propiedad inmueble á merced completamente del saqueo; devolvióse á los sicilianos la parte de sus despojos que se llevaran las victorias de Cartago; entregóse á los de Agrigento el toro de Fálaris; diez y siete días con diez y siete noches ardieron las ruinas; y cuando no quedó ya del incendio más que las cenizas, los arados abrieron surcos para que no perdurasen ni los escombros de Cartago, pues, á poder, hubieran los vencedores aniquilado hasta sus recuerdos.

Imposible comprender á Cornelia sin estudiar la familia noble á que pertenece. Para el estudio de tales familias necesitase un cuidado extremo, porque varios individuos llevan el mismo nombre y hasta el apellido, costando sumo trabajo distinguirlos y separarlos. Por ejemplo, Escipión Cornelio, padre de Cornelia, se denomina el Africano

por su victoria de Zama, y otro Escipión, entrado en la familia por el procedimiento de las adopciones, tan usual entre griegos y romanos, se denomina con apellido igual, completamente al de su antecesor; y así como este Africano es padre de Cornelia, el segundo es, como ya hemos dicho, yerno, además de adoptivo hermano. Y nada más fácil, sin embargo, que identificarlos y confundirlos por la identidad completa de nombres y apellidos, por las analogías varias entre sus hechos é historias. El padre de Cornelia es el primer Africano. En las genealogías de tan excelsa familia, encuéntrase á cada paso hazañas inolvidables. El mismo nombre de Escipión conmemora gloriosa virtud. Pusieronlo á uno de los primeros patricios en la familia Cornelia, porque quiere decir Escipión tanto como báculo, y de báculo sirvió el así denominado á su padre, ciego. Un Escipión ayudó á la dictadura de Camilo, tan célebre por sus virtudes cívicas; otro Escipión, cuyo sepulcro brilla en el Museo Vaticano entre las más sacras y más viejas antigüedades romanas, tomó ciudades en Samnio y en Lucania; otro Escipión conquistó á los cartagineses Córcega y Cerdeña, obteniendo los preclaros honores del triunfo tan envidiables en Roma; otro Escipión murió con las armas en la mano después de haber combatido á un Asdrúbal en mar y á un Aníbal

en tierra; otro Escipión pereció cerca de Anitorgis en pugna con los cartagineses por su Roma. Cuando en ciudad tan aristocrática y quiritaria, como aquella ciudad capitalísima, se pertenece á gente como la gente Cornelia, tan por extremo ilustre, vincúlase por necesidad en ella una especie de tradición histórica, la cual imbuye con ciertas virtudes hereditarias cierta ufanía y orgullo por estas virtudes, hereditarias también. Las mujeres de Roma, verdaderas divinidades en el santuario de su hogar, conservaban, más que los hombres y en mayor grado, el culto á esos penates humanos que se llamaban sus abuelos y progenitores. Imaginaos el orgullo de Cornelia con tantos Escipiones en su prosapia.

Verdaderamente su padre le había mostrado adónde puede llegar un patricio decidido por la grandeza de su patria y por el esplendor de su raza. Si Escipión Emiliano venció definitivamente á Cartago, él venció á su primer soldado, á su Aníbal. Desde niño tan extraordinario héroe pugnaba por los suyos en época muy triste, cuando Roma parecía cercana en los decretos del destino á hundirse bajo las legiones cartaginesas, vencedoras en todos los combates. A las orillas del Tesino, contando apenas tres lustros y medio, salvó á su padre y recibió el primer blasón de su honor en

una profunda herida. Antes de alcanzar las condiciones legales escogidas por el derecho consuetudinario, llegó al edilato. En su mocedad ganó á Cartagena, donde no solamente supo vencer á sus enemigos, sino también vencerse á sí propio, rechazando, castísimo y puro, los rehenes en mujeres hermosas allegados por las victorias sobre los rudos celtíberos. Su fuerte brazo y su tenaz heroísmo sometieron el pueblo español á Roma, y su alto genio político trabó aquella fraternal alianza con Masinisa, mediante la que pudo al fin Roma, por mano del otro Escipión, desarraigar la ciudad púnica del planeta. Pero el mayor de sus triunfos, aquel por cuyo renombre ha pasado á la posteridad más remota, es el triunfo sobre Aníbal en Zama. Para comprenderlo se necesita recordar la compleción guerrera del héroe, forjado en el odio á la ciudad rival allá por los desiertos africanos; verlo sobre las ruinas de Sagunto, donde su cólera entierra en el exterminio más espantoso á la ciudad más espléndida y bella del celeste Mediterráneo nuestro; seguirlo á la cabeza de sus levadas por su ejército como por una incontrastable inundación, atravesando los Pirineos y los Alpes con las tempestades á los pies y con los aludes sobre la frente, sin más caminos que los abiertos por sus devastadores instintos de fiera y por sus implaca-

bles númenes de venganza; contemplarlo, por fin, después de haber vencido en Trebia, en Trasimeno, en Cannas, donde se cogieron por almudes los anillos romanos, cerca de Roma, en el campo sacratísimo de las primeras tribus, á la vista del Apenino, á la sombra de Alba, próximo á Lavinia, con todos los augures mudos, con todos los auspicios desconcertados, con todos los héroes muertos, con todos los dioses romanos en fuga, exhalando el ronquido y el aliento que debía extinguir para siempre la llama del fuego de Vesta, sobreponer en desquite sin nombre y sin ejemplo las razas semíticas sobre las razas arias y cegar el Tíber con sus corrientes litúrgicas de ideas occidentales y progresivas bajo las arenas del África, en cuyos átomos iban escondidas las venganzas de cien generaciones y el germen venenoso y maldito de una espantable retrogradación hacia el Asia.

Imaginaos el culto que tendrían por el vencedor de Aníbal aquellos que lo habían visto en el campo de Roma. Efectivamente, lo venció Escipión en Zama, tierra de África. Se necesita evocar el ejército cartaginés para descubrir toda la significación histórica de tamaño encuentro. El inmenso ejército postrero que Aníbal mandara se parece, tal como nos lo describe la historia de aquel

tiempo, á inmenso pueblo. Iban á la cabeza pelotones de altos elefantes asiáticos, los cuales, emborrachados por mixturas litúrgicas, blandían al aire sus trompas teñidas de carmín, y soportaban sobre sus amplios lomos, parecidos á muros ambulantes, áureas torres guarnecidas por certerísimos arqueros, cuyas armas esplendentes y cuyos trajes multicolores les daban aspecto de apariciones asiáticas. Seguían á éstos las legiones celtiberas, con sus armas cortas y sus escudos de cuero, acompañadas de los baleares, quienes, puesta una onda en la mano y ceñida otra en los riñones, lanzaban piedras de tal fuerza y empuje, que abrían silbando las cabezas enemigas y hasta perforaban los cuerpos. Allí los ágiles y flexibles lusitanos; el cántabro, de músculos acerados, de incontrastable valor; el celta, de larga y rubia cabellera; los lidios, con sus larguísimas sayas y sus relucientes zarcillos; los carios, pintados de fuertes colores y ceñidos de brillantes armaduras; el griego, como una estatua y un simulacro de los antiguos tiempos, á pesar de su decadencia; los capadocios, en cuyas carnes se abrían dibujos fantásticos pintados de colores varios, á guisa de salvajes; las legiones fenicias y cartaginesas más ricas que valientes; acompañados todos por los estridores de las trompetas y clarines, seguidos por los carros de guerra donde iban las

máquinas más usadas de combate; y, tras todo ello, en guisa de ganados babilónicos, asnos, camellos, avestruces, conduciendo una ciudad nómada, provisiones de boca, flechas y lanzas de batalla, guardado todo por esclavos, entre los cuales se veían en caravanas inmensas los harenes ambulantes compuestos por númeras envueltas en pieles de dromedario, por cirenaicas tañedoras de cítaras y pintadas de azul, por sudanesas negrísimas como el ébano, por libias de todas procedencias, por siracusanas relucientes de oro, como si el genio de la reacción histórica hubiese querido en aquella Babel inmensa oponer todas las resistencias imaginables al genio progresivo de la Roma republicana y jurídica. La confianza en su número, la confianza en la muchedumbre de tantos pueblos dispares, la confianza en los animales asiáticos, la confianza en el viejo espíritu de Asia perdió á Cartago tal día. Roma triunfó por la superioridad incontestable de su inteligencia, y por otra superioridad indudable de su ejército ciudadano y patriota sobre los confusos ejércitos de origen y de carácter oriental, que reproducían los mismos trascendentales errores propios de sus viejas historias y de sus antiguas razas, á los cuales sucumbieron los Xerxes y los Daríos en Maratón, en Salamina y en Arbelas. Cartago quedó vencida. Su triunfador obligóla

tristemente á ofrecer tributos en el palacio de Masinisa, el eterno enemigo africano; y quinientas naves cartaginesas ardieron en aquel puerto, mostrando cómo había concluído el predominio cartaginés sobre las aguas mediterráneas y comenzado el predominio latino.

Aprendió indudablemente Cornelia en aquella estirpe, á que pertenecía por sus abuelos, y en aquella casa de su padre, donde penetraba la victoria con todos sus trofeos, el amor y el culto al renombre, á los honores sociales, á la gloria militar y política. Cual en Veturia hemos visto supersticiones brotadas todas ellas del amor desapoderado á su clase patricia, veremos en Cornelia el amor desapoderado también al renombre y á la fama. Pudo largamente saciarlo en las victorias de su padre y en la influencia social por éste conseguida; mas no le satisfizo. La gloria de su padre, aquella esplendorosa gloria de Zama, era en último término heredada, y Cornelia pretendía una gloria por sí adquirida. Hija de un general ambicioso, experimentaba desapoderadas ambiciones en su pecho. Y como una mujer no pudiese, no, satisfacer esta pasión, sino mediante los hombres, á su esposo movió primero y después á sus hijos en pos de la gloria. Casada con patricio nobilísimo, éste, hombre de bien y de verdad, aunque muy rico de virtudes

privadas y públicas, no tenía, no, aquellas facultades excepcionales que conducen al ruidoso renombre y á la gloria deslumbradora. Nombrado para muchos cargos altísimos, entre los cuales obtuvo la censura, desempeñólos todos á conciencia, pero sin brillo.

Cornelia, comprendiendo que no podía esperar de Sempronio el renombre con que soñaba en sus ambiciones, redújolo á buen marido, y tuvo con él en una paz doméstica perpetua doce hijos. Desesperada por completo de obtener un renombre como esposa de Sempronio Graco, llevó todas sus facultades, concentrándolas en altísima concentración, al cultivo de las aptitudes generadoras del renombre y de la gloria en quienes más podían satisfacerla y ufanarla, en sus hijos. Desde que los sintió en sus entrañas, los dedicó en su pensamiento á las altísimas empresas generadoras de verdadera fama. Cansábala oírse llamar siempre la hija del inmortal Escipión. Aquella gloria la tenía como de reflejo, pero no entraba en ella, no, parte alguna de su propio sér. Ella no había educado á su padre; bien al revés, había sido educada por su padre. No había cooperado ella en cosa ninguna por su parte ni á la conquista de nuestra España, ni á las victorias en Africa. Todo eso distaba tanto de su persona como las glorias aquistadas por sus remotos

abuelos en Lucania, en Córcega, en Sicilia y en Cerdeña.

Cornelia era una mujer de autoctonía muy propia y de idea muy suya. Hija de un general como Escipión, el cual helenizara por completo á Roma, transformando en este consciente y deliberado helenismo desde sus letras hasta sus instituciones y sus costumbres, tomó las ideas griegas, sí, pero no los hábitos, fija en su sede y hogar, completamente dominada por el antiguo espíritu patricio, como una especie de Catón su contemporáneo, Catón hembra, más dulce, por tanto, pero no menos inscrita en los tradicionales usos como en compensación á la novedad en sus principios é ideas. Catón rural, esencialmente rural, habitador de aquella Túsculo donde brotaran los romanos primeros, vestido con la corta túnica de Cincinato que no le llegaba ni á la rodilla desnuda, calzado con las sandalias de negro cuero, la pica boyal en sus manos, el arado y la yunta siempre delante de sí, detrás de sí la espórtula robosando grano para la sembrera, pasaba el día en las rústicas labores y la noche sentado en duro banco á la cabeza de toda su familia, en cena frugal, donde se conmemoraba de continuo á los muertos, y con la mirada convertida siempre á los penates antiguos, si ofrecían sabias lecciones y austeros ejemplos á los vivos. Él

no tenía nada que ver con aquella vida nueva por Escipión de Asia y de África orgullosamente aportada, en la cual había tantas costumbres babilónicas, tantos misterios de Alejandría y Éfeso, triclinios de bronce y púrpura para los banquetes, blancas togas de lino para los cuerpos, alfombras de brocados para los pies, vasos de plata labrada rebosando vino griego para los labios, himnos atenienses acompañados por salterios orientales, joyeles de oro para las matronas, estolas de mil colores para las doncellas, perfumes y esencias para los olfatos, astrólogos caldeos en vez de augures etruscos; divinidades voluptuosas de Siria requiriendo cultos orgiásticos en vez de la vieja severidad latina: todo lo cual constituía una invasión de ideas repulsivas completamente á las matronas y á los patricios del viejo austero Lacio. Parecía que, formando todo esto los factores esenciales del partido mandado por Escipión y completamente opuesto al partido catoniano, enemigo implacable del vencedor de Zama, debía propender Cornelia, hija de éste, al helenismo. Pues no, ya lo hemos dicho, le gustaba el helenismo en las ideas, no le gustaba el helenismo en las costumbres, no; su personalidad íntima, desligada por completo de todo lo circunstancial, consagrábase también, no obstante sus creencias filosóficas de todo en todo griegas, al sos-

tenimiento de los viejos dioses, de los viejos ídolos, de las viejas costumbres.

Si Roma hiciera con Grecia lo que hizo Cornelia, tomar las ideas y dejar las costumbres, Roma se hubiera salvado. Había invadido el oriental y griego lujo á la Ciudad Eterna. Encontrábase, pues, muy distante de los primitivos tiempos republicanos y de sus célebres austeridades. En la Roma de los patricios agrícolas provenía del heno la palabra palacio, y del ganado la palabra dinero. Apenas entonces había joyeros en las varias categorías de oficios inscritos sobre las tablas de los reyes. Al austero vivir antiguo romano se unió el austero vivir sabino. Cuando los etruscos, invasores con la dinastía tarquina, dominaron la Ciudad Eterna en sus comienzos, los esmaltes etruscos vinieron á dorar la vieja miseria romana. El muro de piedras ciclópeas; la cloaca máxima, por cuyos canales podían bogar hasta barquillas; el máximo circo elevado con tan grande amplitud y extraordinario esplendor entre los antiguos montículos históricos; el templo de Júpiter Capitolino puesto como un faro en la cumbre de Roma; los juegos solemnes en que ya comenzaban los combates á muerte; las majestuosas curules sedes; los cetros de marfil por águilas áureas rematados; los mantos de púrpura brillantes; las espléndidas latielavias;

las innumerables antiguas estatuas; las ferias llenas de músicos muy diestros, indican bien claramente cómo el genio de la oriental Etruria se había sobrepuesto al austerísimo genio de Roma y de su Lacio. Vino la república naturalmente como una protesta vigorosa contra los monarcas etruscos, y se purificaron las costumbres y se disminuyeron los esplendores del antiguo lujo. La imagen del patricio se halla en Cincinato ante sus bueyes, y la imagen de toda cumplida matrona en Lucrecia hilando. La dureza romana y sabina se opuso como un contraste republicano á la molicie ó blandura etrusca. Túnica de lana el marido, túnica de lana la mujer. Hasta los tiempos de Coriolano, la mezcla de hilazas áureas con los otros tejidos no fué permitida. Valerio Máximo, autor de una enciclopedia ideada para conmemorar todos los hechos conmemorables, según su criterio individual, cuenta cómo, habiendo querido un siglo más tarde llevar á Delfos ofrendas prometidas por el virtuoso Camilo en acción de gracias á milagrosas victorias, las romanas ofrecieron la totalidad y suma de sus joyas, las cuales juntas en el tesoro y fundidas por superiores órdenes dieron tan sólo de sí una modesta y breve copa que ofrecer en el templo de Delfos al dios de la poesía y de la luz.

Las victorias romanas sobre Grecia, Sicilia, el